

LA MUERTE DE LA TRANSICIÓN MEXICANA

RAFAEL MORALES

Jesús Silva-Herzog Márquez,
El antiguo régimen y la transición en México,
Planeta-Joaquín Mortiz,
México, 1999.

NI EL DESPIADADO infortunio, los azotes o Cunegunda hecha trizas bastaron para que Cándido dudara que el suyo era el mejor de los mundos posibles. Por momentos, la actitud de los actores políticos en México pareciera emular al famoso personaje voltaireano: han llegado a creer que la democracia alcanzada hasta ahora es la mejor de los mundos posibles. Justamente, y yendo contra todo acto de optimismo y de autocomplacencia, Jesús Silva-Herzog Márquez pone en duda uno de los clichés más extendidos del cambio político en México: la transición democrática. Esta expresión, que llena foros y conferencias, útil para la plaza pública, el aplauso y la aclamación, se ha convertido, según el autor, en una pseudociencia, la "transitología", llena de prejuicios y lugares comunes, donde el arribo a la democracia es visto como una fórmula que resolverá de manera fantástica todos los dilemas del país. Por extensión, el democratismo, o la teoría democrática "hecha charlatanería", es el padecimiento de toda sociedad en cambio, y que se expresa en dos grandes ilusiones, como la de una ruptura radical con nuestro pasado y la de la disolución de las barreras entre pueblo y gobierno, donde se sacraliza a la sociedad civil y se descalifica a las instituciones representativas bajo la idea de un gobierno directo.

La transición institucionalizada, o transitocracia, es un nuevo régimen definido por la ambigüedad, donde las energías políticas no sirven para construir nuevos acuerdos, donde los gritos y los vetos sustituyen al diálogo y a la legalidad, pero sobre todo, donde la inexistencia de instituciones inéditas y el cambio empantanado son la regla. Aunque hay evidencia suficiente del agotamiento del antiguo régimen (como la erosión de la legitimidad revolucionaria, la inexistencia de consensos económicos y políticos o el agotamiento de las reglas no escritas), los actores y las instituciones han sido incapaces de crear nuevas instituciones, normas y creencias políticas más allá del ámbito electoral. La democracia es compleja y abarca cuestiones que van más allá del acto de votar, como la descentralización política, el fortalecimiento de contrapesos entre los poderes, la creación de nuevas formas de participación y asociación, etcétera. Es cierto que México ha entrado en una etapa de incertidumbre (propia de los sistemas competitivos), donde nadie sabe quién será el próximo ganador. Esa ha sido la tarea de la transición. Se ha dejado atrás la etapa de la desconfianza en las elecciones y ahora el presidencialismo depende cada día más de la cooperación de los otros poderes, la prensa es más independiente y crítica, y existe una nueva dinámica regional que debilita el antiguo centralismo.

La democracia es un hecho consumado, pero una segunda generación de reformas tendría que encaminarse hacia la consolidación política, hacia la búsqueda de la concordia nacional. Por desgracia, pondera Silva-Herzog, existen muchas carencias que se convierten en obstáculos para profundizar en el camino político. Una de esas es la pobreza de nuestra clase política. Corta de miras, no acaba de entender la tarea que tiene en sus manos: dar un giro a la llave de la historia, dejando a un lado los rencores del pasado, para inventarse un mañana, un futuro de innovación democrática. Ahora que las élites políticas debaten un proyecto de largo plazo, la conformación de una alianza electoral que posiblemente desemboque en un gobierno de coalición, la crítica de Silva-Herzog se pone a prueba: veremos si nuestros líderes logran estar a la altura de las exigencias de la consolidación democrática.

El antiguo régimen ha muerto, por eso las energías ya no tienen que dirigirse hacia la democracia sino a crear las condiciones que sustenten a nuestro incipiente régimen, mediante el fortalecimiento de sus instituciones representativas. La transición es ya un hecho histórico, tesis de Jesús Silva-Herzog Márquez que honra la memoria de quien hiciera más fuerte a otro de nuestro grandes mitos fundacionales: la Revolución mexicana.